**Nuero fisiología de una coincidencia**

Como dos peregrinos que caminan millas juntos y ahora deben separar el rumbo. Como cuerpo y alma que renuncian uno al otro, en el ocaso de una vida. Así mismo –cuando el día llega– se diversifica la energía en sus formas diferentes.

¿Podrá acaso la energía coincidir de nuevo algún día?

Átomos de hidrógeno se fusionan en el centro del sol. Esta fusión produce una ráfaga de energía que peregrina al interior del astro durante diez millones de años, antes de alcanzar su superficie. De allí, la energía emprende el viaje hacia la tierra en forma de luz. Antes de asentarse en las llanuras, se separa uniformemente para entibiecer las plantas. En la planta de una uva, la energía se torna bioquímica además de transmutarse en vino. Cuando bebo el vino, la energía finalmente entra en contacto con mi sistema nervioso. ¡Saluti!

Así es como la energía pasa a ser pensamiento.

Cada hombre consciente en esta tierra, es el portador de una pequeña porción de energía que se ha vuelto mente. Somos siete mil millones de fragmentos de energía, que durante millones de años fueron uno –al interior del sol–, y hoy deambulan en la tierra. ¿Podrá acaso la energía coincidir de nuevo algún día? ¿Volver a ser una? A lo mejor sí.

Entre Nueva York y Nairobi, hay 14 horas de vuelo y un océano en el medio. Pocas ciudades tan antípodas y disimiles en el mundo, como estas dos. Pocos podrían advertir en ellas, el escenario perfecto para una coincidencia.

Hay oscuridad.

Y hay luz.

Hay hombres y hay mujeres.

Hay fruta.

Hay restaurantes.

Enfermedad, trabajo y también tráfico.

En ambas ciudades hay todo eso en común. Sí. Pero, más allá de lo obvio, algo verdaderamente extraordinario está sucediendo en estos dos extremos de la tierra: a una distancia de 7,354 millas, dos porciones de energía al fin coincidieron. Desde luego, no lo hizo en espacio, sino en forma. Lo que es aún más misterioso y suculento.

En su gimnasio de Manhattan, en la sexta avenida, Nick, mientras entrena, ha convertido su ración de energía en dolor. En su casa de Nairobi, mirando las gaviotas desde la ventana, Mugure también ha convertido su porción de energía en dolor. Energía coincidiendo exactamente en la peor de sus formas: el dolor.

Al escucharme decir esto, un contertulio incauto diría que mi ejemplo no es del todo preciso, que en la historia de Nick y Mugure, la energía en realidad no coincidió exactamente. Pues Mugure se duele al recordar a su amado, Mientras que Nick se duele por la lesión de un tendón.

Esto argumentaría mi detractor:

“Es un error usar la misma palabra para describir esas dos sensaciones de la mente. De hecho, el lenguaje nos permite diferenciarles: dolor emocional y dolor físico. Dos formas diferentes. Así pues, que en Nairobi la energía desembocó en una forma y en otra distinta, lo hizo en Nueva York. Luego, ni en espacio ni en forma la energía coincidió”

Con mayor vehemencia, continuaría:

“Mucha gente en el mundo está transformando ahora mismo su energía, en el mismo dolor que Mugure, pero Nick no: el padre que entierra un hijo, el estudiante que reprobó, el anciano que espera, la mujer que es infértil, el hombre que no perdona, el empresario en quiebra, el comediante que no gustó. Todos ellos, al igual que Mugure, sufren el dolor que causa un sentimiento, no el que causa una pesa halando un tendón en Nueva York”

Lo que este hombre no sabe, es que, en realidad, el cerebro es ciego a la causa del dolor, pues, en últimas, usa el mismo medio para generar los dos. En el último eslabón, cuando la carne esta al filo de volverse mente, justo antes de que el dolor aparezca, la energía –en cualquier caso– debe alcanzar exactamente el mismo punto del encéfalo. Es decir, debe entibiecer y ruborizar puntualmente la misma porción de tejido nervioso.

Así que, en nada difiere el dolor del padre que está despidiendo un hijo en el cementerio, al de una madre pariendo otro en el hospital. Como tampoco distan en nada, además de intensidad, el dolor de Mugure en Nairobi y el de Nick en Manhattan. En efecto, la energía después de millones de años de engendrarse en el sol, ha vuelto a una forma coincidente en Nueva York y Nairobi. Desafortunadamente, esa forma fue el dolor.

Eso sí. Ambos dolores se ocasionan por vías diferentes: una nociceptiva –físico- y otra más bien psicogénica -emocional-. Pero es precisamente eso, lo que hace extraordinario mi ejemplo. El hecho de que hasta el último momento, hubo la probabilidad de que la energía desembocara en dos formas diferentes. Pero no lo hizo. A pesar de que dos mecanismos distintos se usaron para procesar la sensación en Nairobi y la sensación en Nueva York: En Nick, todo se dio a través de un haz espino-talámico y en Muguro, todo fue a nivel límbico. Aun así, la sensación fue la misma, como ya dije. Solo porque ambos mecanismos tienen una misma “desembocadura”: la corteza cingulada. Allí, el cerebro pierde el rastro de las génesis. Allí, todo se reunifica, incluyendo la energía. Allí, todo se vuelve, simplemente dolor.

El dolor emocional, duele. Duele de verdad, porque tiene la misma geografía cerebral que el físico. Es solo la ilusión del yo, la que nos hace creer que hay una diferencia.

Como peregrinos que se reencuentran tras años de separación. Como almas que rencarnan en cuerpos que después de mutaciones orgánicas vuelven a una forma consciente. Así mismo, se reúne la energía que dividió sus formas para impregnarle armonía a la vida. No en Nairobi, ni en Nueva York, es en la corteza cingulada donde tienen cita las energías que tomaron el dolor como vehículo de reunificación. No se repara ya el origen: trátese de energía de fusión, lumínica o bioquímica; trátese de lo físico o emocional. La energía vuelve a la unicidad –por lo menos en lo que a forma se refiere– justo cuando alcanza los dominós de la mente. Ahí, vuelve a estar en comunión, como lo estaba en las entrañas del sol.

Mil formas coincidentes tienen la energía al interior del cerebro, cuando se transfigura en mente. Pero me han pedido que me enfoque en el dolor. Eso hice. Algunos le llaman meditación.